

Causas del Malestar Social

(En el quincuagésimo aniversario de la Rerum Novarum).

Fue admirable el diagnóstico que dió el Papa León XIII en la cuestión obrera. Quien se fije un poco en el origen complejo del problema social, a grandes rasgos bosquejados en el dintel mismo de la Encíclica, y quien medite las palabras graves, rebozantes de terribles peligros con que se cierra el célebre documento, no podrá menos de admirar la perspicacia afinada del Papa de los Obreros.

No todos pueden glorificarse de lo mismo. Bismark no penetró en la naturaleza del problema y nada tiene de extraño que los remedios por él propuestos, fueran diametralmente opuestos a los de León XIII. Creyó que en la cuestión social, si no todo, por lo menos su máxima parte, era de creación artificial y las demandas de los católicos, organizados por el Obispo Ketteler, y las exigencias de los socialistas, podían anularse con el acero de las bayonetas y las bocas de los cañones. Rotundo mentís han dado los hechos a semejantes predicciones. Cuando las relaciones sociales descansan sobre un sistema de injusticias, el malestar que necesariamente sobreviene, no puede remediarse sino con el antídoto de la justicia. He ahí la idea central que vivifica las páginas de la RERUM NOVARUM.

Algunos se extrañan de que, al enumerar el Pontífice las causas del mal que nos aqueja, se fije entre otras, en el aumento de la industria y los grandes inventos de la ciencia. Y efecto de esa extrañeza es la conclusión que sacan: "La Iglesia es enemiga del progreso y de la ciencia: "Tópico, mil veces refutado pero mil veces repetido con obstinada insistencia y simulada persuasión, como si fuera una idea nueva y clave de toda una conducta. Refutar semejante bellaquería es perder inú-

tilmente el tiempo. La actitud de la Iglesia la representa mucho mejor su obra multiseular que los argumentos que podríamos amontonar en favor de su actuación.

Por otra parte el hecho es indiscutible: el aumento de la industria y la aplicación de las ciencias a la industria ha provocado un malestar general. ¿Qué relaciones existen entre estos dos hechos? ¿Son dos fenómenos meramente ligados por una accidental concomitancia o más bien, el uno es brote del otro, como efecto de su causa? Y si el malestar social es efecto de ese aumento de la industria, cómo nace aquel de ésta?

Desde luego admite el Papa ese vínculo de casualidad al afirmar que "el desarrollo de la industria y los sorprendentes descubrimientos de la ciencia... han hecho estallar la guerra social".

En efecto, ese aumento de la industria que aparece con caracteres definidos en el último tercio del siglo XVIII, tuvo lugar en medio de un espíritu anticristiano y de la más espantosa explotación. La nueva era exigía, como medios necesarios para su desenvolvimiento, un capital fuerte y una población indigente que, a las puertas de la fábrica, mendigara el trabajo.

El dinero afluyó abundante. Las naciones organizaron como nunca, las guerras de colonización. La codicia del hombre, registrándose las entrañas de la tierra, dió con filones de oro, plata y otros minerales preciosos en Africa, Asia, Indias Orientales, etc. etc. Sobre todo dió con otro filón mucho más importante: los indígenas, hijos de una civilización rudimentaria que

fuéron condenados a un trabajo rudo y agotador. Entonces comenzó aquella serie de cacerías humanas, aquella cautividad de rebaños de hombres que había de degenerar en mercados de esclavos y en cuya protesta y extirpación había de tener parte tan importante el Cardenal Lavigerie.

Ya en las actividades humanas no se miraba más que a los dividendos, a las utilidades, a la formación de una cuantiosa fortuna, sin preocuparse de las enseñanzas de Cristo. El bien común no figuraba para nada en los planes. La misma Iglesia con sus instituciones benéficas y rentas fué saqueada para aumentar capitales particulares. "Está naciendo en muchos países, como dice Husslein, la nueva clase de ricos rapaces".

Pero la avaricia, como las demás pasiones, es insaciable y los europeos, principales fautores y representantes casi únicos, por aquel entonces, del movimiento industrial, no se contentaron con inaugurar esos sistemas depredatorios en las colonias y al otro lado de los mares. Los trasladaron e implantaron en su propia patria. Leyes inficuas sobre agricultura provocaron un éxodo del campo hacia la ciudad: los sistemas modernos de agricultura, a base de máquinas y abonos artificiales, hacían imposible la lucha del humilde terrateniente con el omnipotente señor... Se iban creando, a marchas forzadas, las grandes masas del proletariado; el dinero amontonado en cantidades fabulosas iba a engendrar el Capitalismo de nuestros días.

En esta carrera desenfrenada hacia las riquezas, con grave detrimento de la moral, la Iglesia estaba llamada a intervenir y a dirigir su aspecto moral. Pero los capitalistas taparon sus oídos y trataron a Roma de impertinente. La industria nada tenía que ver con Cristo ni con su doctrina. Los grandes dividendos eran la suprema aspiración del movimiento que favorecía a una insignificante minoría privilegiada. El espíritu que la animaba era completamente pagano y materialista. Aunque con expresiones diversas hacían suyo aquel ideal pagano del Imperio Romano: Rem, rem, quomodocumque rem. Dinero, dinero, sea como fuere dinero". Este "sea como fuere" prescindiendo por completo de normas morales, atropellando la justicia y "olvidando la caridad, era el alma del nuevo industrialismo. Con razón veía León XIII en su desarrollo un peligro de guerra social.

Intimamente vinculados a ese movimiento industrialista se hallaban los grandes descubrimientos de las ciencias. Nada hay en ellas de peligroso y la Iglesia ha aplaudido su aplicación a la industria para aliviar el esfuerzo muscular del hombre. Pero también aquí la máquina se ha convertido en causa de abusos y por eso mismo, el Papa señala esas aplicaciones científicas como origen de terrible males.

La máquina de vapor de Watt, por 1770, abrió fuentes de insospechada energía. El movimiento vertiginoso de las máquinas en las fábricas y de los transportes en la nación imprimieron un ritmo acelerado a la producción. El avance ha sido sorprendente. Según Arendt, los ferrocarriles mundiales sumaban en 1840. cuarenta kilómetros en todo el mundo. Al siglo, en 1940, pasaban de un millón doscientos mil. Los motores de vapor que en 1769 consumían 30 kilos de carbón por caballo — hora, hoy consumen 60 veces menos y nada digamos de los motores de combustión interna y los motores eléctricos.

La industria del hierro, fundamental en la vida de una nación, ha ido en progresión ascendente de manera prodigiosa. La producción de hierro llegaba en 1870 a treinta millones de toneladas en el mundo. Hoy, (prescindiendo del esfuerzo excepcional con motivo de la guerra) pasa de los trescientos millones de toneladas. Nada digamos de la industria automovilística, de la aeronáutica, de la química, sobre todo en la producción de cuerpos sintéticos. Un mundo nuevo de infinitos horizontes y posibilidades inmensas abre la ciencia ante nuestros ojos. El movimiento vertiginoso de las máquinas en los pabellones de las fábricas nos habla del aprovechamiento de fuerzas misteriosas por el hombre.

Pero esos nuevos descubrimientos y aplicaciones cedían siempre y casi exclusivamente en beneficio de los acaudalados. El poderoso se hacía más poderoso y contaba en sus ambiciones con un nuevo aliado que no tenía alma ni derechos: la máquina. Con ella lanzó a la calle nubes de obreros, despreció el valor del trabajo humano, rebajó el salario y creó el problema del desempleo con sus aterradores efectos. El niño y la mujer, con salarios ínfimos, podían suplir al hombre, una vez eliminado el esfuerzo muscular.

El capital se sentía ahora más independiente: el obrero más necesitado y en estas condiciones se dictaron las bases del trabajo. El espíritu que animaba esos contratos llevaba el alma del bárbaro Breno. "Vae victis". Se exigió al hombre lo que se exige a la máquina: poco gasto y mucho rendimiento. Todo, por supuesto, en silencio y sin protestas, como lo hace la máquina.

Se le pidieron músculos duros e incansables que trabajaran 12 o 14 horas sin sentir cansancio, como no lo sienten las ruedas y bielas de acero en las máquinas. Se le pidió una energía para el trabajo siempre igual y sin alternativas y cuando al poco tiempo por el mismo esfuerzo y la exigüidad del trabajo que imposibilitaba la reparación de las fuerzas, venía el natural descenso en el rendimiento, se le arrojaba a la calle a pasear, mendigando, su indigencia y enfermedad. Al hombre no se le podía fundir en un horno, ni sustituir sus órganos deteriorados como se hacía en las máquinas. No quedaba más solución que eliminarlo.

Ese espíritu mecánico se fué aprovechando en sistemas de organización del trabajo que, si bien son buenos para la mera producción, pero se exponen a la ex-

plotación cruel del hombre. Taylorismo, Fayolismo, Standardización, sistemas que comenzaban a desarrollarse o apuntaban antes de la Rerum Novarum y cuya evolución gigantesca preveía el Papa, dentro de innegables ventajas que desembocan en la racionalización del trabajo, entrañan peligros inmensos donde naufraga la dignidad de la persona humana.
..Al hombre se le ha exigido lo que a la máquina.

Al hombre se le ha apreciado como a la máquina, exclusivamente por su rendimiento.

Al hombre se le ha exprimido como a la máquina.

Son excesivas exigencias: son vejaciones demasiado humillantes para que el hombre las pueda aceptar.

Todos esos descubrimientos de la ciencia, introducidos en el taller con un espíritu pagano y anticristiano cargaban los corazones de los trabajadores de odio que un día había de estallar como la lava hirviente de un volcán.

He ahí el pensamiento de León XIII que el tiempo, por desgracia, acaba de confirmar.